

Enriqu  Molina

## Llamado de superaci3n

(Discurso pronunciado en la Universidad de Concepci3n en el Día de las Américas. 14 de abril de 1942)



AS banderas de las Repúblicas hermanas que como un dosel adornan las paredes de esta sala no nos ofrecen s3lo una sinf3n a de colores. Son presencias del alma de América y nos hacen sentir desde luego en nuestros pechos la grandeza de una emoci3n continental. Para la Universidad de Concepci3n, que las guarda con cari3o y las ostenta complacida, como hija amante que exhibe las más preciadas evocaciones de la madre, constituyen testimonios de los sentimientos americanistas que la han animado siempre desde su fundaci3n.

Día de las Américas, día de recordaciones, de examen de conciencia, de austeridades de espíritu y de promesas del coraz3n. Largos fueron los siglos en que los dramas y tragedias de la cultura se desarrollaron en otros mundos. Desde que la luz de la historia se verti3 sobre este continente, cuántas etapas ha superado la América que son otras tantas ejecutorias del título

de nobleza de llamarse americano. Con resplandores retrospectivos salieron de la sombra que los cubría en Yucatán, Guatemala y Honduras los magníficos y enigmáticos monumentos del Imperio Maya. Luego los mismos conquistadores pudieron admirar las grandezas y adelantos de la civilización azteca en Anahuac y los de la incásica en las mesetas de los Andes ecuatoriales, de los cuales fueron ellos también los primeros cantores y loadores. Adelantos perpetuados hasta hoy día en objetos artísticos y en piedras perdurables de palacios, fortalezas y templos. Indignó no obstante a los recién llegados la sangre vertida en éstos de tanta víctima humana ofrecida para aplacar a dioses primitivos y crueles. Pero ¡ay! no sería menos cruento el abrazo que ellos traían. Para implantar los pendones de su Dios y de su Rey no iban a economizar sus esfuerzos, sus sacrificios ni su propia sangre ni menos aun la tortura, la desesperación y el dolor de los aborígenes. Con este choque de dos heroísmos recibió el suelo de América su primer abono de savia humana para avanzar hacia la cosecha de sus nuevos destinos.

España dictó, sin embargo, para sus dominios americanos la mejor legislación colonial de los tiempos modernos, las Leyes de Indias. Pero los omnipotentes virreyes y gobernadores y los duros encomenderos estaban muy distante de la Corte, muchos o los más eran abusadores e implacables,— y si no que lo diga el apostólico Padre Las Casas,— y a los desventurados y explotados nativos de poco o nada les servían la

buena voluntad y las sabias disposiciones de sus Majestades Católicas y del Consejo de Indias. Además esa legislación tan humana se avenía perfectamente con un régimen desconocedor del ejercicio de las libertades cívicas, las que, por otra parte, no existían tampoco en la metrópoli, y con la falta de un sistema de educación adecuada. En la colonia la educación fué nula o defectuosa. Al revés, imperaban el monopolio comercial a favor de España, las supersticiones religiosas, la intolerancia personificada en la temerosa sombra del Santo Oficio, la censura para el tráfico y lectura de libros: circunstancias todas contrarias al desenvolvimiento intelectual y que,—agregando a ellas todavía la pereza hidalga y lugareña,— y difíciles peculiaridades geográficas,—dejaron a las poblaciones iberoamericanas en condiciones desventajosas. Por un lado en comparación con las colonias inglesas de América del Norte, cuyos elementos vinieron al Nuevo Mundo movidos por una magnífica elación de libertad que supieron mantener, y por otro se manifestó la desventaja en las dificultades que encontraron al hacer uso de su independencia, hado adverso con el cual han debido luchar constantemente, a menudo en forma trágica.

Al recordar estos sucesos se halla muy lejos de mi ánimo formular cargos o criticar a España ni menos aun querer denigrarla, porque la amo y la admiro.

Al pueblo español le pasó, como era natural, lo que a Saturno con Júpiter, o sea, que sus hijos, en este



caso los criollos, lo derribaron de su trono. El drama de América volvió a tomar proporciones de epopeya. Los nudos atados por las audaces hazañas de Cortés, Pizarro, Almagro, Jiménez de Quezada, Pedro de Valdivia y cuántos más fueron cortados por las espadas heroicas de Bolívar, San Martín, Sucre y O'Higgins.

Otro tanto había ocurrido entre los anglo-americanos bajo la sabia conducción de ese caudillo mítico que parece un héroe de Plutarco, Jorge Wáshington.

Y continúa en nuevas formas el calvario de largos años de la América Española. Esto lo anotamos para apuntar sólo las vallas que hemos salvado y detenernos en las que estamos venciendo o tenemos por delante. Podemos enorgullecernos sin duda de progresos prodigiosos, pero que a la vez tenemos necesariamente que encontrar pequeños al confrontarlos con los abrumadores problemas que nos asedian. Cuánto derroche de energía en nuestra historia, a menudo malograda por esporádica y herida de inconstancia. Hemos dejado atrás, confiamos que para siempre, los tiranos y tiranuelos más o menos bárbaros o sanguinarios que con su cortejo de guerras civiles fueron el azote de muchos pueblos ibero-americanos durante la primera mitad del siglo XIX y aun en decenios posteriores. Durante este tiempo Chile fué un modelo en todo el continente por la solidez de sus instituciones, la seriedad de sus procedimientos y la honradez de sus hombres públicos. Hemos también dejado atrás, o en



todo caso, adelantado mucho en este terreno, los litigios de fronteras entre los países, litigios que dieron lugar repetidas veces a conflictos cruentos. Y la América puede vanagloriarse ya con razón de ser el mundo de la paz y del arbitraje internacional.

\* \* \*

Ha habido notables diferencias de desenvolvimiento entre los anglo-americanos del norte y los ibero-americanos del sur, debidas a antecedentes que en sus rasgos más notorios no es difícil indicar. Algunos se presentan como una bendición del destino a favor de los rubios nórdicos y otros como cosas que hubiera estado en la mano del hombre hacer o evitar.

Los norteamericanos empezaron su vida independiente dentro de la magnífica unidad de un solo estado, hecho que tiene sus raíces en los comienzos mismos de la colonización. Los ingleses ocuparon sólo la parte oriental de la América del Norte inmediata a la costa y ahí se quedaron. Ahondaron en la tierra en lugar de desparramarse por ella. Los españoles en cambio la abrazaron como un enjambre por todos lados. Agregado esto a la inmensidad del continente sudamericano, a las enormes distancias y a las imponentes separaciones establecidas por montañas, selvas y desiertos, resultó que los ibero-americanos entraron a la vida libre en el continente meridional formando un grupo de pueblos autónomos, y a menudo rivales, llamados en un tiempo acertadamente los Estados Desunidos de la

América del Sur. La aventura de ocupar el continente la habían emprendido los españoles desde un principio y fué inevitable la desunión. La misma aventura la acometieron los norteamericanos sólo después de unidos y así en su esforzada marcha hacia el oeste se enseñorearon de su tierra, que es más que un país, un rico continente.

Esta sola circunstancia bastaría para explicar la diferencia de desarrollo y poderío que hemos apuntado, a la que habría que añadir todavía, por el carácter geográfico que tiene, la mayor proximidad a Europa de los Estados Unidos.

La valiosa unidad norteamericana estuvo a punto de romperse a causa de la crisis esclavista y se salvó por el empuje de los defensores de la libertad humana y el temple moral del egregio Lincoln.

Desde los albores coloniales los norteamericanos mostraron una confianza visionaria en las virtudes de la educación. En todos los pueblos y ciudades se fundaron escuelas de primero y segundo grado por obra principalmente de las comunas y de instituciones privadas. Entonces empezó esa magnífica floración de universidades erigidas por la iniciativa particular, que constituyen una de las mejores contribuciones de los Estados Unidos a la cultura y una de sus glorias más brillantes.

Sabemos que en la América Española no ocurría nada parecido.

Los puritanos y cuáqueros, primeros colonizadores de Nueva Inglaterra, venían animados de un espíritu religioso profundo. Por respeto a su libertad de conciencia, a su manera de venerar a Dios abandonaron el bienestar de que gozaban en su patria y atravesaron el océano para fundar una sociedad libre transida de espíritu religioso desde las instituciones hasta la honradez y fuerza interior con que labraban una tierra áspera y dura y resistían las inclemencias de un medio salvaje. Cualesquiera que sean las modificaciones y mezclas que la población norteamericana haya recibido en su propia cuna primitiva o en su avance hacia el centro y el oeste del país, queda en pie que ha tenido como núcleo original el demos de Nueva Inglaterra, núcleo de virtudes perdurables, uno de los grupos más selectos que jamás haya logrado formar la humanidad. Casi no hay Universidad en los Estados Unidos que no ostente en el centro de sus bellas construcciones un templo, de confesión indeterminada, simplemente cristiano, como manifestación de espíritu religioso. A menudo ha sido obsequio de alumnos o ex alumnos. Y suele costar más de un millón de dólares. Entiendo que tener espíritu religioso es, en suma, no desconocer los sutiles pero irrompibles lazos que, queramos o no, nos ligan a lo desconocido o incognoscible, a lo inescrutable, a lo misterioso, y a través de eso, con sentido ético, a todo lo humano.

La religiosidad de los católicos de Hispano-América no tuvo por lo general esa entraña medular y di-



námica que acabamos de ver, y frecuentemente, se ha deshecho en un indiferentismo delicuescente que nada con vitalidad moral ha sabido reemplazar.

¿Será menester sumar, en este recuento de causas diferenciales, que el norteamericano para el logro de sus aspiraciones espera menos que el sudamericano de la protección y ayuda del Estado y confía más en el esfuerzo e inventivas de su propia personalidad? ¿Y qué,—lo que es más lamentable aún.—no se deja dominar por prevenciones contra el trabajo manual y las profesiones de artesanía?

Durante mucho tiempo ha predominado por estos mundos la plácida opinión que presenta a los Estados Unidos como un país solo materialmente adelantado y a nosotros los hispano-americanos nos reserva el privilegiado papel de sustentadores de la espiritualidad. La expresión más connotada de esta falsa afirmación de valores se encuentra en el popular Ariel de José Enrique Rodó. Pero ya es tiempo de echar al olvido en lo que tengan de negativo las declamaciones del ilustre escritor uruguayo. Dudo mucho de que lo afirmado por Rodó fuera cierto en su tiempo. Ahora no lo es en absoluto.

Lo que acabamos de decir de la religiosidad, del interés por la educación y de las universidades norteamericanas señala en la cultura de aquel pueblo rasgos que no son únicamente materiales. Completemos estos datos manifestando aún que esas universidades, tanto por su número como por la idealidad que las inspira

y por la eficiencia e instalaciones de cada una de ellas son instituciones modelos dentro del mundo occidental.

En los Estados Unidos se cultivan las ciencias con tanto ahinco y buenos resultados como en los países más adelantados del globo y en algunas disciplinas marchan aún a la cabeza. Algo sé de esto particularmente en cuanto a psicología, sociología y educación. Conocidos son los prodigiosos progresos alcanzados por la medicina y la dentística en aquella nación.

En filosofía los Estados Unidos han dado pasos de importancia mientras que en la América Latina se está iniciando la producción en este orden de estudios. A los nombres clásicos de Emerson y de William James habría que agregar los de John Dewey, Jorge Santana, A. N. Whitehead, R. B. Perry.

Los norteamericanos cuentan con eminentes novelistas, dramaturgos y poetas y con vigorosas escuelas de pintura y escultura, y excelentes conservatorios de música.

La oposición que se ha supuesto entre ambas culturas debemos darla por trasmontada. Lo que existe entre ellas no es oposición sino diferencia llamada a completarse una por otra. Si tal vez los norteamericanos pueden tener algo que aprender de nosotros en algún orden estético y espiritual, nosotros tenemos mucho que tomar de ellos en diversos aspectos de la vida espiritual igualmente y, sobre todo de su superioridad técnica. Esta es bastante grande y unida a los fabulosos

recursos financieros de que disponen, resulta de proporciones desconcertantes.

Y con lo dicho desembocamos en otra oposición que urge superar también, superar primero en el concepto para triunfar después en la realidad.

Existe en el orden de cosas que acabamos de apuntar una situación de indudable desventaja para los ibero-americanos. ¿Pero dónde se halla la verdadera razón del mal? ¿En un supuesto imperialismo o en nuestras propias, llamémoslas transitorias, incapacidades y deficiencias? Pocos temas se han prestado tanto en estos tiempos en ciertos sectores políticos para vociferaciones estentóreas y destempladas como el imperialismo. Deploro con toda mi alma como el más exaltado anti-imperialista, el mal que consideramos, y siento que los pueblos latino-americanos deben cuidar del mantenimiento de su autonomía en todas sus formas, desde la santidad del suelo hasta la pureza de los idiomas (el español, el portugués) como de los más preciados bienes de que gozamos en la tierra; pero estimo a la vez que muy poco avanzaremos siguiendo a quienes creen que basta con declamar contra un supuesto imperialismo. Estos apartan la vista del verdadero problema y concentran la atención en lo que se presta más a indignaciones verbales y a actitudes apasionadas. Manera doblemente inconveniente porque desconoce la verdad y aleja de la solución que se desea.

Imperialismo es la dominación que ejerce un Estado sobre otro u otros por medio de la fuerza. Los Es-



tados Unidos, y no es del caso ocuparse del imperialismo de otros países, tuvieron sin duda veleidades imperialistas cuando ejercitaron la política llamada por Teodoro Roosevelt del *big stick* (garrote) y estigmatizada por propios escritores norteamericanos con el mote de «diplomacia del dólar», política de que fueron víctimas principalmente pueblos de las Antillas y de la América Central, y que los ibero-americanos todos no pudieron dejar de considerar llenos de indignación. Pero hace un buen número de años que el gobierno de Wáshington, con mejor acuerdo, ha cambiado de camino y practica en forma leal y perfecta la política del buen vecino. En estas condiciones puede haber, sí, hegemonía industrial y comercial, pero no habiendo empleo de la violencia no cabe hablar de imperialismo.

Por supuesto que estar sometido a cualquiera clase de hegemonía no es agradable y suele ser muy doloroso; mas para librarse de ella lo único procedente es indagar en primer lugar sus verdaderas causas. Y salta a la vista que el origen de las desventajas que con razón nos desazonan se halla en esta sencilla y trágica fórmula: somos civilizados para consumir y primitivos para producir. Nuestro refinamiento requiere que las calles de nuestras ciudades estén asfaltadas, reclama cómodos y vistosos automóviles para traficar por ellas; no hay casa en que una radio no aturda los oídos; en nuestras oficinas no podemos prescindir de teléfonos y máquinas de escribir como asimismo de máquinas de

coser en los hogares. Todo esto no lo fabricamos, tenemos que adquirirlo de fuera, frecuentemente sin contar con el dinero para pagarlo al contado, y al que nos lo proporciona y a su debido tiempo lo cobra, y no pocas veces después de haber agotado su paciencia, lo llamamos imperialista. Denostamos con igual calificativo al que armado de sus recursos superiores ha venido a explotar los tesoros escondidos en nuestra tierra y que a nosotros no nos preocupaban o yacían como ignorados. Y asimismo al que gracias a sus mayores capitales y a su preparación profesional implanta industrias que antes no existían. Para sacudir este imperialismo de que nos quejamos no se presentan más que alternativas inexorables. En el primer caso, o producimos lo que deseamos o prescindimos de ello, y en el segundo, o nos hacemos aptos para explotar nosotros mismos nuestras riquezas o preferimos que queden sin explotarse. Los brazos negativos de estas tenazas, —renunciar, no trabajar, — significarían retroceso de nuestra cultura. No queda más que oír la voz del perfeccionamiento. Sin perjuicio de velar celosamente por nuestra soberanía, debemos empeñarnos en aumentar nuestra eficiencia técnica y nuestra potencia financiera que son las causas de los defectos que sufrimos y deploramos. Lo demás es satisfacerse con declamaciones y sembrar odios estériles. Todavía es de recordar que antes de que se alcance la aspirada plenitud puede ser muy conveniente o imprescindible, si se quiere progresar la ayuda de capitales extranjeros. Los

mismos Estados Unidos fueron deudores de otras naciones hasta la primera guerra mundial y es indudable que no existe ahora ningún pueblo latino-americano industrialmente tan adelantado como lo estaban en aquel entonces los Estados Unidos.

\* \* \*

La solidaridad y la cooperación entre las naciones americanas fué un hecho desde los tiempos de la independencia. Bolívar y Sucre, San Martín y O'Higgins traspusieron con sus fuerzas las fronteras patrias para asegurar la libertad del continente. Pero fué el genio del Libertador el primero en diseñar una forma de unión ibero-americana, a cuyo fin convocó el Congreso de Naciones Americanas que se reunió en Panamá en 1826. No estuvieron todos los Estados del Nuevo Mundo representados en él y los acuerdos que ahí se tomaron no fueron ratificados por los respectivos gobiernos. Congresos análogos se reunieron en Lima en 1847 y en 1864; pero «el sueño de Bolívar», como con justicia se ha llamado a la confederación de los pueblos latino-americanos, ha quedado sin realizarse. Sin la menor suspicacia respecto del imperialismo norteamericano, me deja este fracaso la impresión de un vacío, como si hubiera abortado una expresión del alma y del poderío de nuestra raza.

En cambio hemos abrazado el panamericanismo que ha empezado a tomar cuerpo con rasgos definidos des-



de la primera Conferencia Panamericana celebrada en Wáshington en 1889. El panamericanismo es un plexo espiritual, cultural y jurídico que une a las naciones del Nuevo Mundo. Conservando éstas su autonomía de entidades soberanas e iguales en derecho persiguen dentro de él su mejor conocimiento recíproco, el mantenimiento de la paz, el imperio de las normas jurídicas en sus relaciones y la ayuda mutua tras las finalidades del progreso. La Unión Panamericana creada en 1890 con sede en Wáshington es el organismo central del movimiento panamericano. Las conferencias panamericanas que se han venido celebrando en las capitales del continente con regularidad después de la de 1889 forman una manifestación permanente de la estructura del panamericanismo. Ellas son de carácter general o científicas, jurídicas o técnicas, encaran los problemas comunes y en sus resoluciones va tomando cuerpo el espíritu de cooperación y solidaridad americana.

La independencia de América, concretándose en mis consideraciones a la América Latina, constituyó un acto de separación política. Los pueblos del Nuevo Mundo dejaron de ser gobernados por la Madre Patria. Naturalmente fué un cortar de amarras que hizo soñar con vuelos hacia las más brillantes posibilidades de la vida colectiva: llegar hasta donde habían alcanzado las más adelantadas naciones de la tierra; y también, hasta sobrepasarlas. Siendo no obstante la cultura algo que no se improvisa de la noche a la ma-

ñana, estos países atrasados, políticamente libres, siguieron siendo vasallos del Viejo Mundo en las ciencias, artes, letras, educación y técnica, sin mencionar en este punto cosas de orden económico. Por reacción contra España, lo fueron de Francia, Inglaterra, Alemania, y luego de Estados Unidos. Para los más de los europeos, América es tierra de riquezas, en lo que no se equivocan, y exclusivamente de indios, en lo que demuestran ignorancia supina. Para otros mejor informados, generalmente financistas y hombres de negocios, es el continente que produce una cantidad codiciable de materias primas: salitre, cobre, plata, estaño, trigo, carnes, café, caucho, algodón.

Pero son muy pocos los que saben de la nueva cultura que se halla en gestación por estas latitudes y de los mensajes del espíritu que ella ha enviado ya al mundo. Su caudal en el orden literario ha alcanzado proporciones respetables y tiene el valor de una rica tradición. Entre sus figuras ilustres, los clásicos de América, mencionamos a Bello, Sarmiento, Mitre, Lastarria, Montalvo, Martí, Rodó, Justo Sierra, Ricardo Palma. Bello además, y Rufino José Cuervo han sido sabios cultivadores y reformadores del idioma. El movimiento poético modernista se inició en América antes que en España y su culminación genial, Rubén Darío, fué el renovador de la poesía castellana. Las hijas que, cuando colonias, no remitían a la madre patria más que riquezas de metales preciosos, que en definitiva fueron un mal, ahora, de naciones li-

bres, le han enviado tesoros espirituales, portadores sólo de los bienes envueltos en nuevas ideas y nuevas formas de progreso. Con nuestras prácticas internacionales de confraternidad, de amor a la paz, de ejercicio del arbitraje, hemos dado ejemplos a Europa y enriquecido las normas del derecho de gentes. En nuestras universidades se lleva a cabo una labor científica apreciable y en algunas de ellas despunta, como queda dicho más atrás, la aurora de un pensamiento filosófico independiente. Con estos briosos anuncios de madurez América ha empezado a alzarse contra la tutela espiritual de Europa. Soplan en ella empujes de más completa autonomía, ráfagas mesiánicas, signos próceres de su personalidad. Es una actitud que debemos mirar como testimonio de energía racial y mensajera de nuevos ópimos frutos. Es ella más sensible en la América del Sur que en la del Norte, tal vez por lo mismo de haber dado aquélla hasta hace poco mayores muestras de docilidad. Mas algunos entusiastas por las cosas y por el porvenir de la América Hispana llegan a términos contraproducentes. Para propugnar el surgimiento de una cultura auténticamente criolla creen necesario repudiar por completo a Europa y prescindir de todo vínculo con la cultura europea. Es como el alarido de combate del ala izquierda de una avanzada criollista. Difícilmente es dado imaginar una actitud más descabellada y absurda. Olvida desde luego que los mismos clásicos americanos recién nombrados debieron su formación espiritual a la cultura europea casi en su



totalidad y que no por esto dejan de ser egregios signos de una literatura auténticamente ibero-americana. Es peor aquella actitud que si una hija renunciara a la herencia de su madre, porque ésta, de vida intensa, creadora, atormentada y trágica, sin ser mala, había tenido devaneos y sido parte por obra del destino en dramas sangrientos. Y ahí quedarían sin aprovecharlos ni gozarlos como motivos de elación los magníficos monumentos, cuadros y estatuas, las ricas bibliotecas, los museos, diseminados en estupendos palacios, parques y jardines, las preciosas colecciones de joyas que la madre había sabido crear y reunir. Ni Hitler ni Mussolini ni los regímenes totalitarios ni las grandes guerras de este siglo constituyen el contenido exclusivo del caudal de Europa. ¡Qué maravillosa peregrinación por sus márgenes opulentas, ricas de incomparables e inagotables refrigerios para el espíritu! Hay que empezarla en verdad al otro lado de las aguas azules del Mediterráneo, a las orillas del sagrado Nilo, bajo el pórtico de la magnífica columnata de Karnac y a la sombra de la Esfinge, la eterna compañera del hombre. Y luego: desde los templos griegos y las soberbias construcciones romanas, pasando por las catedrales góticas, hasta San Pedro en Roma, el Domo de Florencia y las poderosas creaciones de la arquitectura moderna; desde Homero y Virgilio, pasando por Dante, hasta Goethe, Víctor Hugo, Paul Valery, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Unamuno; desde Esquilo, Sófocles y Eurípides, hasta Racine,

Corneille, Shakespeare, Ibsen; desde los filósofos presocráticos y Sócrates, Platón y Aristóteles, pasando por Cicerón, Marco Aurelio y Tomás de Aquino, hasta Bacon, Descartes, Montaigne, Spinoza, Leibniz, Newton Darwin, Hegel, Einstein; desde Heródoto y Tucídides, Tito Livio y Tácito hasta Macaulay, Taine, Renan, Bainville; desde Cervantes hasta Dickens, Balzac, Dostoiewsky y los demás grandes novelistas contemporáneos; desde Fidias y Praxíteles, pasando por Miguel Angel y Leonardo hasta Rodin; desde Palestrina, pasando por Bach y Bethoven hasta Verdi, Wagner, Bizet y Debussy: cuánto afán, cuánto acendramiento, cuánto sacrificio, cuánto dolor convertido en joyas del espíritu, la mejor huella que ha ido dejando el hombre de su deambular por la tierra, y que están a nuestra disposición como desinteresadas e insuperables compañeras de nuestros pasos por lo desconocido. Y en este mundo en que, a pesar de todo lo que hacemos y discurremos, seguimos siempre viviendo rodeados de tinieblas y sin encontrar nada que satisfaga definitivamente nuestras inquietudes anímicas, se nos presenta el programa del renunciamento a aquellos tesoros. Es un caso de insania muy semejante, pero mayor, que la de aquel innovador literario que, a principios del presente siglo, pedía la destrucción de todos los museos y bibliotecas. Innovador llamado por d'Annunzio, si mal no recuerdo, «cretino fosforescente».

Llamado de superación

Y todo sería por el prurito de la busca de una perfecta originalidad: pero, como ha dicho G. Duhamel, «la originalidad no consiste por modo necesario en el descubrimiento de valores absolutamente nuevos; basta a veces la integración de viejos valores en formas nuevas. Tuvo caracteres propios la cultura griega, hija de las de Egipto y Asia Menor, y los tuvo la romana, impulsada al calor de los estímulos griegos. Clásicos son ejemplos de las imitaciones que llevaron a cabo de modelos de la antigüedad greco-romana y de la Italia renacentista, La Fontaine, Racine, Corneille, La Bruyere, Shakespeare, sin que por esto dejaran de ser no dudosos representantes de culturas nuevas. Así, que la cultura americana sea retoño de la de Occidente no empece a que posea los rasgos genuinos, anuncia-dores de un mundo nuevo.

Es claro que los paradigmas de Europa no son para tomados a ciegas y para aprovecharlos es aconsejable proceder con cauteloso discernimiento. De todo hay en la hirviente caldera del atormentado continente. Fuera de lo que he dado a entender sobre lo inaceptables que son para nosotros los regímenes totalitarios y sus sustentadores, cuánta doctrina, cuánta falsa valoración de la vida se encuentran en su filosofía y en sus letras que no convienen a pueblos como los hispano-americanos, exploradores confiados tras la obra que buscan realizar. No es modelo para nosotros el pesimismo sistemático; no lo es tampoco el escepticismo cuando sobrepasa los límites de la duda metódica, ni



cuando se presenta en la literatura, en el tipo deli-  
cuescente y abúlico del blasé o del desabusé,  
lo que ocurre con demasiada frecuencia y, a menudo,  
revestido, por desgracia, con los prestigios de la ele-  
gancia. Ni lo son aun las irrupciones violentas e irra-  
cionalistas de Nietzsche, a pesar de sus condiciones  
de eximio artista. Aunque Nietzsche es proteiforme;  
es una rica cantera de donde se puede extraer desde  
los metales preciosos hasta la escoria.

Algunos de los sostenedores de nuestro total apar-  
tamiento de Europa, como condición «sine qua non»  
para crear una auténtica cultura sudamericana, han di-  
cho recientemente: «América tiene su sino, pero tam-  
bién tiene su misterio. Para descifrar aquél es neces-  
ario penetrar los jugos vitales en que se nutre éste. Por  
eso en el mundo confuso, enmarañado, que es el alma  
americana no pueden moverse sino quienes se identifi-  
can con las raíces mismas de la tierra nutricia y caó-  
tica». (1)

Estas palabras, en que parecen vibrar los primiti-  
vos alientos del Génesis, contienen un principio de  
verdad. Una genuina cultura tiene que arrancar de  
una comunión, de un amoroso abrazo del hombre con  
la tierra. El hombre debe labrarla no sólo para bus-  
car la riqueza cruda, sino con la adoración apasiona-  
da que hace del trabajo una función religiosa, con la  
emoción de quien siembra la vida, de quien busca la

---

(1) Itinerario de América, enero de 1941. América y la civilización eu-  
ropea,

vida. También el minero puede ahondar en la tierra con sentido religioso: él es el descubridor de horizontes interiores del planeta, el mago que en un puñado de piedras trae imanes y talismanes para los corazones, trae el secreto de transmutaciones del tiempo. Conste que cuando hablo de la santidad del trabajo me refiero al que se hace en una atmósfera de justicia social y no está en cadenas de explotaciones de ninguna especie.

Los jugos de la tierra, el ambiente, no pueden dejar de plasmar, en cierto sentido, las expresiones de los espíritus que se nutren en ellos. Tal vez por esta razón el alma americana es, como dice el escritor del Itinerario de América recién citado, enmarañada, y agregaríamos además triste, porque la naturaleza del nuevo mundo es aún caótica y abrumadora. Pero la «tierra nutricia y caótica», mientras no deja de ser esto último no pasa de la categoría de fuente de inspiración y no para todo el ámbito de las creaciones humanas sino principalmente para las de orden literario y musical. La imponente selva ha dado lugar a *La Vorágine*, los llanos a doña Bárbara, la pampa a *Don Segundo Sombra* y nuestros mares, valles y montañas a las interpretaciones de Baldomero Lillo, Mariano Latorre, Luis Durand, Domingo Melfi, Marta Brunet, Fernando Santivan, González Vera Coloane y tantos otros.

Aspecto esencial de la cultura es, precisamente, la dominación del caos y sería un malgastar inútil e infructuoso de energías prescindir, para tan gigantesca em-

presa, de los recursos, instrumentos y técnica de culturas anteriores.

Las mismas obras citadas en líneas recientes, trasuntos espléndidos de la naturaleza americana, están escritas en castellano, «La tierra caótica» totalmente inexpressada, muda en su magnificencia grandiosa hasta hace poco, ha logrado ser cogida en algunos de sus rasgos esenciales tan sólo por medio de los elementos transplantados a nuestro continente por la cultura ibérica. Y nadie podrá negar que dichas obras son manifestaciones de una cultura nueva.

¿Son, por otra parte, sólo obras de esta clase las únicas llamadas a ser tenidas como representantes de una auténtica literatura sudamericana? Pienso que no. Creo que sin haber buscado su inspiración en el venero nativo cual las nombradas y cual además «Ollantay», por ejemplo, de Ricardo Rojas, son dignas piezas de nuestras literaturas, en la Argentina, «La gloria de don Ramiro» de Rodríguez Larreta, y en Chile «La pasión y muerte del cura Deusto» de Augusto D'Halmar y «El hombre en la montaña» de Edgardo Garrido Merino, novelas que han explotado temas netamente peninsulares. Con otro criterio, tendríamos que renunciar a considerar nuestra la obra de Rubén Darío, el más brillante mensaje del espíritu enviado por el Nuevo Mundo al otro lado del Atlántico.

Si es muy laudable, si es casi un imperativo la preferencia en literatura por los asuntos del solar propio, con todo, lo primordial es, como ha dicho P. Henrí-



Llamado de superación

que Ureña, dar a los temas y asuntos, sean cuales fueren, una expresión eficaz. Lo que vale decir, en otros términos, que la obra contenga algún motivo de valor universal.

Corroborando nuestra tesis, podemos poner de relieve que las capitales sudamericanas son ya exponentes con caracteres propios de una cultura que es dado llamar neo-occidental. No son meros recipientes de colonizadores que vengan a civilizarlas. Tampoco puede decirse de ellas que sean trasunto o restauración de culturas prehistóricas. Por Buenos Aires y Méjico pasa en la hora actual el meridiano de los más importantes centros editoriales de lengua castellana.

\* \* \*

Las Américas han definido gallardamente su posición ante el mundo. «América para los americanos», se dijo por un previsor estadista hace más de un siglo. «América para la humanidad» fué el grito lanzado después por un noble espíritu argentino y hemos hecho nuestras estas palabras, no sólo en un alarde de hospitalidad ilimitada, sino como visión de lo que América quiere hacer por el bien de los demás. Pero que no se equivoquen. No se opone la generosa fórmula a la célebre de Monroe. Aquella es la recepción cordial para quienes vengan como colaboradores en actitud fraterna. Esta es la advertencia a los que pretendan llegar con humos de conquistadores.

Y cuánto hay que recordarla en estos tiempos. Todas las amenazas de la guerra brutal se ciernen sobre nosotros. Los pueblos de América se han manifestado espléndidamente unidos en un solo haz ante la agresión y al frente del peligro totalitario han confirmado su adhesión a los ideales democráticos. Es su filosofía política que hunde sus raíces en la filosofía pura del respeto a la personalidad. El totalitarismo amaga a la democracia con sus dos tentáculos: por un lado el fascismo y el nazismo y por el otro el bolchevismo. Tan dictador como los señores Hitler y Mussolini es el señor Stalin. ¿Os parecen tal vez estas consideraciones algo inactuales en los duros momentos en que vivimos, por encontrarse la Rusia soviética debatiéndose heroicamente en la lucha gigante al lado de las democracias? Conforme; pero como lo dicho es de todas maneras cierto, os ruego que os acordéis de lo que suele pasar en medio de las más solemnes ceremonias religiosas. Un sacerdote o un monaguillo atraviesa el templo y sin ninguna relación con la ceremonia que se está desarrollando, al enfrentar el altar, hinca la rodilla y se inclina ante el símbolo de Dios. Perdonadme así que, como el sacerdote o el monaguillo, no haya podido dejar de hacer la anterior reverencia ante el altar de la verdad que debemos suponer rutilante en esta sala. Por su doctrinario respeto a la individualidad, la democracia compite desventajosamente con gobiernos que entienden a sus súbditos sólo cual instrumentos y que tan ilimitadamente los explotan cuando sirven, como

despiadadamente los eliminan cuando la suspicacia así lo aconseja o cuando no sirven. La democracia, cualesquiera que sean sus defectos, me parece, al lado de los regímenes totalitarios, como una dama bien educada entre matones inescrupulosos. Por esto conviene no dejar de ver los peligros que la amenazan en toda su integridad.

Por primera vez ofrece la historia humana en el panorama de América el magnífico cuadro de los pueblos de un continente entero unidos por decisiones libres y espontáneas para finalidades de conservación y de cultura. Dos de las mejores razas de la tierra, y tres de los idiomas superiores (español, inglés y portugués) son los personajes del cuadro. Con lo dicho no se intenta desconocer cuánto ha pesado el indio en los destinos de América y cuánto pesa aun en algunos de sus países, ni menos que los problemas correspondientes deban ser abordados con amplitud y humanidad. Pero el panamericanismo no ha podido llegar a darse la estructura necesaria para afrontar el conflicto bélico que nos envuelve. Los Estados de la América española han alcanzado una organización interna y un progreso institucional suficiente para tratar de igual a igual con todos los pueblos civilizados de la Tierra; pero carecen de suficiente fuerza financiera y fuerza militar. Les falta, para decirlo con las palabras de un personaje algo cínico de Bernard Shaw, «el dinero y la pólvora», como elementos fundamentales del poder. Y el paname-



ricanismo carece del órgano y de los recursos para atender a estas deficiencias.

Tales reflexiones son congruentes con la actitud discreta de Chile y la Argentina en la Conferencia de Consulta celebrada por los cancilleres americanos en enero último en Río de Janeiro. Chile y Argentina no se han apartado en ningún momento de la línea de la más cálida solidaridad americana y de fidelidad a los principios democráticos. Desde que, dado el enorme poderío de los beligerantes, no se podía intentar llevar a cabo una guerra ofensiva y ni siquiera defensiva,—piénsese en el caso de Chile con sus dilatadas costas,—habría sido insensato tomar actitudes provocadoras. Pero si una acertada consideración de las circunstancias ha aconsejado tomar una posición serena, nada podría aconsejarnos que, llegado el caso, no fuéramos a la vez dignos y resueltamente valientes.

Aun logrando el panamericanismo tener la estructura cuya ausencia hemos anotado, pesa sobre los pueblos iberoamericanos el imperativo de hacerse fuertes, no con menguados fines imperialistas, sino para tornarse respetables y coadyuvar a la instauración de un orden espiritual sólido con sentido ético en el mundo. No es decoroso ni se compadece con nuestra altivez que estemos mirando siempre a los Estados Unidos como a un tío que ha de salir a defendernos. El continente meridional debe hacer que sus criollos aumenten en número, en eficiencia y en riqueza: en reciedumbre material y espiritual. El vencimiento de nuestras

Llamado de superación

inferioridades ha de ser un torcedor que no nos deje descansar. Pienso en los héroes y en los místicos que han sacrificado sus vidas por grandes causas. Cuántos ha tenido la América. Y los necesitará siempre. No creáis que éste es recurso de retórica en tono mayor, ni en ningún tono. Lo siento. El sabio Pitágoras acostumbraba,—y era regla de la escuela hacerlo,—saludar cada día al sol mañanero con los propósitos del bien a realizar y al caer las sombras de la noche mirar en la luz interior de su conciencia el bien llevado a cabo. El filósofo-poeta de los números y de la música de las esferas nos enseña en esa práctica una mística pasible con la existencia diaria: la mística del trabajo y del tornarse mejor, que si bien modesta y silenciosa por lo general, puede a veces alcanzar asimismo grandeza épica. Hagámosla nuestra y que aun cuando nos quiera tomar el desfallecimiento, nuestros resortes, a la hora del deber, se superen en oblación sagrada a la patria y a la América. Sólo con esfuerzo y con valor,—y no de otra manera,—el porvenir será nuestro.